

El *Quijote* médico

JULIÁN BRAVO VEGA*

A Thomas Sydenham (1624-1689), apodado el «Hipócrates inglés», se le atribuye una anécdota curiosa, pero suficientemente ilustrativa: uno de sus alumnos le preguntó sobre qué debía hacer para aprender medicina. «Lee el *Quijote*» fue la respuesta. Lo contundente e inesperado de la manifestación de Sydenham obliga a buscar alguna explicación. La penetración del *Quijote* en las letras inglesas fue fulgurante, desde la primera traducción inglesa, la de Thomas Shelton en 1612 (dos años antes que la francesa de Oudin), hasta la de Tobías George Smollett (1721-1771), cirujano que aprendió su oficio en la armada antes de convertirse en novelista. El hispanismo filológico inglés —si así podemos denominarlo en fechas tan tempranas— despertó de la mano del *Quijote*, de sus ediciones, de sus ilustraciones, de sus imitaciones. A nadie se le escapa que la historia del caballero presbiteriano *Hudibrás* (1663) y de su escudero Ralpho, debida a la pluma de Samuel Butler (1612-1680), es una temprana imitación del modelo cervantino, ni que Samuel Richardson (1689-1761) llegó a auspiciar, en su contraste con la *Arabella* de Charlotte Lennox¹, la versión femenina del modelo a través de su *Pamela, o la virtud recompensada* (1740), cimienta lejano de la *Madame Bovary* (1857) de Flaubert —hijo de cirujano— y definitivamente «Quijote con faldas» en la apreciación crítica de Ortega y Gasset [1914, p. 203]. Es imposible evitar en este planeo rápido, justificatorio de la aparición del *Quijote* médico en Inglaterra y de la interrelación entre medicina y literatura, el aprecio cervantino del doctor

* Universidad de La Rioja.

1. La traducción española de la obra de Charlotte Lennox Ramsay (*The female Quixote*, 1752) fue llevada a cabo en 1808 por Bernardo M.^o de la Calzada, bajo título de *Don Quijote con faldas o perjuicios morales de las disparatadas novelas*. Al mismo traductor debemos la introducción en España de la obra de La Fontaine.

Samuel Johnson (1710-1784) o las obras de Henry Fielding (1707-1754). Su comedia *Don Quixote in England* (1734) posee una gran dosis de crítica política y su novela *Joseph Andrews* (1742) revela la deuda directa con el escritor español: *La historia de las aventuras de Joseph Andrews, y su amigo el señor Abraham Adams, escrita en imitación del estilo de Cervantes, autor de don Quijote*. Sin ánimo de exhaustividad, pero abundando en esta faceta de penetración del *Quijote* en las letras inglesas y en la del aprecio de la obra desde la perspectiva médica, convendrá recordar aquí, a la inversa, una obra de tardía incorporación en las letras españolas², *La vida y opiniones de Tristram Shandy* (1759-1767), debida a la pluma de Lawrence Sterne (1713-1768), precursora de los modernos novelistas ingleses que han experimentado con la forma, desde Joyce a Virginia Woolf. La novela arranca, como la obra cervantina, con la teoría medieval de los humores y su interior se halla plagado de lugares médicos. Sin duda, por ello, el autor rinde culto en sus páginas a John Locke, filósofo y médico, y a «mi querido Rabelais y mi aún más querido Cervantes»³.

La manifestación de Sydenham queda lejos de la mera provocación al lector y, tras los testimonios aducidos, ha de entenderse como síntesis de una opinión compartida en el ámbito cultural inglés, desde el que el aprecio por la obra de Cervantes y por uno de los aspectos de su universalidad, los saberes médicos implícitos en la obra, empiezan a hacer camino. Con el tiempo se convirtió en un lugar común del anecdotario de la historia de la medicina, transcrito así por el psiquiatra cartagenero Félix Martí Ibáñez (1911-1972):

A veces la lectura recreativa puede tener el valor de completar nuestra educación profesional. Recuérdese el inmortal consejo del Hipócrates inglés, Thomas Sydenham, al poeta y médico Blackmore al preguntarle éste qué debía leer para aprender Medicina. «Lea el *Quijote* —le contestó el Hipócrates inglés—; es una obra muy instructiva». Aunque tan enigmático consejo se ha interpretado como alusivo al desprecio que Sydenham sentía por las obras *oficiales* de Medicina de su época, lo cierto es que leyendo el *Quijote* puede aprenderse Medicina, no sólo de tiempos de Felipe III, sino de toda la Historia. [Martí Ibáñez, 1960a, p. 25]

Testimonio semejante encontramos en el bacteriólogo alemán Paul Erlich (1854-1915), premio Nobel de Medicina en 1914, a quien se atribuye el siguiente diálogo entre maestro y discípulo:

DISCÍPULO: —Maestro, dígame cuál es el libro de Medicina que condense todo el saber, que me haga comprender el dolor, el sufrimiento y las alegrías

2. La primera traducción española fue debida a J. M.^a López de Letona [Sterne, 1975]. Las siguientes correspondieron a Ana M.^a Aznar [Sterne, 1976] y a Javier Marías [Sterne, 1978]. La obra no pasará desapercibida para las letras hispanas, pues J. Cortázar y otros escritores hispanos recogen el legado del *Tristram Shandy*.

3. Para las huellas del *Thristam Shandy* en la literatura española véase el prólogo de F. Ynduráin [Sterne, 1975, pp. 18-21].

del hombre. Dígame, profesor, para ello ¿qué libro de Medicina debo leer, de qué autor?

MAESTRO: —Lee el *Quijote*, hijo, de Miguel de Cervantes.

La obra de Paul Erlich fue divulgada en la España de comienzos del siglo XX a partir de la difusión que la prensa concedió en el otoño de 1910 a su tratamiento contra la sífilis, conocido popularmente con el nombre de «el 606»⁴. El asunto adquirió una dimensión imprevista, pues la sífilis se había convertido en una enfermedad social vergonzante, de fácil censura pública, pero, a causa de su carácter venéreo y privado, de difícil control sanitario. La ironía llevó a Eduardo Barriobero y Herrán [1914], cultivador apasionado de la materia cervantina [Bravo Vega, 2002, pp. 55, 60 y 67], a recrear esta situación en su relato breve *El 606*, en el que el preservativo contra la prostitución resulta un agente urbano, del mismo número de placa, cuya única arma terapéutica es una porra, que maneja con soltura quirúrgica.

Pero si hay alguien que en la historia de la medicina debió sentirse atraído *a priori* por el *Quijote*, ése fue Sigmund Freud (1856-1939). Testimonios biográficos apuntan a que aprendió español para leer el *Quijote* [Riley, 2001], y no al revés. El tema de la locura (y de su antítesis, la cordura) es de tal dimensión en la obra cervantina que se ha convertido en tema recurrente de estudio, de igual interés para teóricos de la literatura que para psicólogos y psiquiatras [Castilla del Pino, 2005], a través de generaciones. La *insania* humanista (y, por tanto, patológica) que nos presenta Erasmo en su *Elogio de la Necedad, o de la Locura* (1511), según versiones, queda recogida en el siguiente caso, cuyos paralelismos quijotescos se reconocen al instante:

Tampoco andaba desencaminado aquel ciudadano de Argos, que estaba tan sumamente loco que se pasaba los días enteros él solo sentado en el teatro, riéndose, aplaudiendo, divirtiéndose, porque creía que allí se estaban representando asombrosas tragedias, cuando no se representaba nada en absoluto, aunque en los demás quehaceres de la vida se comportaba perfectamente, agradable para los amigos, complaciente con su mujer, capaz de perdonar a los esclavos y de no enloquecer porque se le haya descorchado una botella. Cuando el esfuerzo de sus parientes le había aliviado con medicamentos su enfermedad y ya había vuelto del todo a sus cabaes, se

4. A *El Radical* corresponde una cobertura amplia de la noticia. 18/IX/1910, p. 1: «Ya está aquí: El '606' en Madrid". Ayer fue recibido en audiencia por el rey el doctor Baudelac de Pariente, médico de la Embajada española en París, que ha estado en Alemania estudiando el maravilloso descubrimiento del profesor Pablo Ehrlich, para la curación de la sífilis, y que ha universalizado su fama con el nombre del 606. El doctor Baudelac ha estado en Francfort estudiándolo, a las órdenes de Ehrlich. Fue enviado para eso por el citado Alfonso XIII. El citado médico, al dar las gracias al rey por su iniciativa, le ha explicado minuciosamente las experiencias y trabajos realizados por él en Francfort. Citó casos que parecían milagrosos. Por acuerdo del Gobierno, practicará en el Hospital Militar las curas necesarias durante una temporada, como experimentación para nuestros médicos». A lo largo de septiembre y octubre las referencias son continuas. Durante el ministerio de F. Montseny sus colaboradores le hacen saber que las enfermedades venéreas causan «más estragos que las ametralladoras de las trincheras».

quejó a sus amigos hablándoles esta manera: «Por Pólux, que me habéis matado, amigos, y no salvado, al arrancarme así el placer y quitarme por la fuerza un gratísimo tesoro». Y con toda razón. [Erasmus de Róterdam, 2004, pp. 116-117]

Erasmus, autor de escritos médicos como el *Encomium medicinae*, recibe una herencia medieval, palpable en el influjo de *La nave de los necios* (1494) de Sebastián Brant, que aplica fundamentalmente a la sátira de clérigos y de la Iglesia (e incluso a la experiencia sexual de las mujeres fuera del matrimonio, como se percibe en *El Lazarillo*), mientras que Cervantes, cien años después, deja parcialmente de lado la caballería espiritual erasmista, centrada en el ideal del príncipe cristiano y en cristianismo interior, e idealiza la locura hasta convertirla en un modo de alteridad vital dentro de la imagen teatral de la vida como representación. En el gran teatro del mundo los sueños son posibles, pues, aunque el discurrir diario del individuo de la época esté sometido a la rigidez de las instituciones (Monarquía, Ejército, Iglesia, Inquisición, Administración), en las disposiciones de su mente es libre y, siendo anciano, puede recobrar los bríos juveniles del caballero aventurero; siendo hidalgo de escaso pasar, puede romper las ataduras de su condición vendiendo tierras de sembradura; y siendo estático y rutinario en su vida y costumbres, puede sacudirse el hastío vital del lugar de La Mancha y buscar viaje, aventuras y nuevos ideales de vida. Esta triple contradicción, que se basa en la ironía retórica de exponer un tema serio desde perspectiva jocosa, acaba por definir al hidalgo manchego como a un ser extravagante, enfermo y loco, pues en medio de una sociedad iletrada se cree lo que dicen los libros. Pero también la ironía nos facilita la visión del individuo pasivo, que nunca ha abandonado su lugar de origen, que ha organizado su vida en torno a las normas sociales que imponen hidalguía y honra, que ha reprimido sus amores hacia campesinas y villanas y que ha suspendido sus aficiones juveniles a la carátula y la farándula. Por ello, rompe con este planteamiento estático y monótono, abre su mente a nuevos horizontes y los lleva a efecto. Con todo, y en lo fundamental, el planteamiento que Erasmo y Cervantes hacen de la locura, como ideal de libertad y de rebeldía del individuo frente a la comedia humana, se convierte en un legado universal e intemporal.

La obra de Erasmo, basada en reflexiones médicas, tuvo una enorme recepción en toda la literatura renacentista y prebarroca [Bataillon, 1983; Vilanova, 1989], pero la obra cervantina se nutrió de otras influencias. Desde el discurso académico del médico Rafael Salillas⁵, surgido en el entorno conmemorativo del III Centenario del *Quijote*, resulta innegable la deuda con el *Examen de ingenios para las ciencias* (1575) de Huarte de San Juan, obra considerada por Marañón como la obra más importante de la medicina española hasta el siglo XVIII. El *Examen* sienta las bases de la psicología moderna y es una/

5. R. Salillas [1905b, pp. 19-35]. El discurso se cimenta en Salillas [1905a], uno de precursores de la antropología criminal.

la obra en la que pudo basarse Cervantes para definir la tipología de sus personajes, sus complexiones y sus humores. Recuérdese la semejanza, más que casual, entre ambos títulos y el arranque del embrión cervantino (el «protoquijote» de los seis primeros capítulos) con una identificación entre los humores y los temperamentos. Don Quijote «era de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro» y, por ello, de temperamento colérico y melancólico, no dado a explicitar su humor a carcajadas. El ventero «que, por ser muy gordo, era hombre pacífico» es en su humor «socarrón», es decir, de temperamento flemático, como Sancho, quien en I, 9 se perfilará como de «barriga grande, el talle corto y las zancas largas». La construcción de personajes femeninos degradados, al margen del evidente antipetrarquismo, puede abundar en estas pautas tipológicas. Maritornes, cuya «gallardía» queda reducida a siete palmos escasos de pies a cabeza y a una notable cargazón de espaldas (¿eufemismo de joroba?), es, a pesar de ello, «gentil moza», por ironía disémica moza de gentes, como las dos risueñas prostitutas del comienzo de la obra que, al verse tratadas como doncellas, ríen sin tasa ante la presencia del caballero. De su morfología nada dice Cervantes, pero los ilustradores de la obra las representan con carnes abundantes. Esta asociación entre humores, temperamentos y fisionomía [Caro Baroja, 1988] remite a la fuente del *Examen de ingenios*, que condensa postulados de la medicina hipocrática, de la galénica y de la propuesta naturista de Dioscórides, a las que no son ajenos los contenidos procedentes de la paremiología, implícita en la elaboración de la obra cervantina a través de recursos múltiples y variados, como los refranes de aplicación médica [Castillo Lucas, 1996].

El *Quijote* fue considerado *ars medica* por la conjunción de las ramas que la obra condensa, probablemente todas las posibles de la sanidad de su tiempo. Del amplio espacio dedicado al tema de la enajenación o locura (don Quijote, el desesperado o suicida Grisóstomo a causa de la «enfermedad pestilencial», Cardenio, el cabrero Leandro, los chistes de locos que se hallan al comienzo del *Quijote* de 1615, etc.) se desprende el interés del autor por una cuestión que rebasa el planteamiento humanista inicial, que arranca de Erasmo (necedad o locura, esto es, don Quijote y Sancho, y posteriormente la presencia de tontos o simples reconocidos, como el primo o doña Rodríguez, e incluso los crueles y aburridos duques, a los que Nabokov [2004] aplica el concepto de asnidad, que se remonta al humanismo de Giordano Bruno), para intrincarse por los caminos de las enfermedades mentales, competencia, por tanto, del psicoanálisis y de la psiquiatría. Frustraciones, inhibiciones, represiones, obsesiones, imaginaciones y sueños son pasos previos a la monomanía de Alonso Quijano, a quien su desorden vital, la falta de descanso y de hábitos saludables causan una lesión mental, obsesiva y senil. Ahora bien, lejos de mantenerse Cervantes en un esquema narrativo basado en un inventario de casos de locura (que conducirían a sentencias, a agudezas y a paremias salpicadas de situaciones cómicas, pero que acabarían provocando la repetición y el tedio del lector), opta por bucear en las interioridades de la mente humana y de presentar las variadas perso-

nalidades de un ser real, Alonso Quijano, convertido en don Quijote, pero también en Baldovinos, Abindarráez, los doce Pares de Francia, los nueve de la Fama, como le dice a su vecino en I, 5, o el pastor Quijotiz, eje de un hipotético círculo arcádico en II, 68. Don Quijote es un loco profundamente racionalista y metódico, como demuestra en los episodios de Sierra Morena. Para ello plantea el origen del problema (los desdenes de Dulcinea, que en su subconsciente representa la imposibilidad de unirse a una villana, o el menos probable rechazo de Aldonza Lorenzo, moza, en opinión de Sancho, cortesana y amiga de burlas), analiza los elementos (valora qué modelo de locura debe imitar, la violenta de Roldán o la sentimental de Amadís) y opta por una solución. «Loco soy, loco he de ser» es su respuesta final a Sancho, aunque precisa que gozará como cuerdo la respuesta de Dulcinea, si Sancho la trae, y si no, lamentará como loco la falta de ella. No es, pues, un loco furioso y desorganizado, sino que dispone de un plan general (la conversión de toda La Mancha en espacio caballeresco, ampliada después a Aragón y a Barcelona) que aplica con los necesarios matices, aspecto que nos lleva a II, 31, cuando recibido en el palacio ducal con honores de caballero, «aquél fue el primer día que de todo en todo conoció y creyó ser caballero andante verdadero, y no fantástico», como hasta entonces había venido creyendo, con lo cual, como apuntó Torrente Ballester [1975], posee sus ribetes de mentiroso y tracista, a los que, por supuesto, no es ajeno el autor. ¿Por qué mantuvo Cervantes a don Quijote como loco permanente, a Cardenio como loco transitorio y a Dorotea, desdoblada en Micomicona, como cuerda, mientras que Grisóstomo, cuerdo, enloquece por amor y se desespera hasta morir, y el también cabrero Leandro queda prendido en la locura artificiosa de la bucólica, plagada de suspiros y querellas? No hay respuesta estricta, pero todo parece formar parte de una casuística intencional que se integra en una obra abierta y que queda a la interpretación del lector. Sirva el caso final de la pelea entre los dos locos, don Quijote y Leandro, cuando éste ha formulado la disyuntiva de que don Quijote se burla o «debe tener vacíos los aposentos de la cabeza», y don Quijote responde: «Sois un grandísimo bellaco [...] y vos sois el vacío y el menguado, que yo estoy más lleno que jamás lo estuvo la muy hideputa que os parió». Por ello, el caso de esta locura reversible («entreverado loco, lleno de lúcidos intervalos» dirá don Lorenzo Miranda en II, 18) es como el cuento de nunca acabar y sigue manteniendo vivo el interés de generaciones de lectores y estudiosos [Biggeard, 1972; Bailón-Blancas, 1993; Romero, 2005]. A este capítulo de enajenaciones mentales (juveniles y seniles, masculinas y femeninas, violentas y pacíficas, autodestructivas o asumidas) habría que sumar el apartado de los sueños, como el de la hija de la ventera, que soñaba que se caía de una torre y despertaba tan molida como si el sueño se hubiera hecho realidad, los trastornos del sueño sufridos en el episodio de los cueros de vino, las reminiscencias del *Sueño de Escipión* ciceroniano de la aventura de Clavileño, las suplantaciones de personalidad, los disfraces, desde el de Alonso Quijano hasta el del cura vestido de mujer, y tantos otros casos.

Si el capítulo del estudio de la mente abunda en el *Quijote*, la presencia de aspectos vinculados a la traumatología no es menos frecuente: contusiones, caídas, golpes, molimientos [López Alonso, 1996], machacamientos o machucamientos, tormentas y tempestades de palos, palizas, apaleamientos, aplastamientos, espadaños de plano, garrotazos, fracturas, rotura de piernas, quebrantamientos, dislocamientos, pedradas, pérdida de dientes (que derivan directamente hacia la materia bucodental), manteamientos, cataplasmas, emplastos (epitemas y «píctima», variante sanchesca), bizmas, ungüentos, pomadas, licores, brebajes e incluso las oraciones para pegar barbas y las supersticiones médicas se suceden ininterrumpidamente⁶. A la cirugía corresponden sangre, sangrías, cortes, cuchilladas, heridas incisivas producidas en el combate por armas de filo aguzado o, desde la burla, por gatos acosados (II, 45), cuya cura requerirá aceite de Aparicio, y todo tipo de seccionamientos, como la pérdida parcial de la oreja en el episodio del vizcaíno o el del corte de un miembro, que lleva a la lucubración del bálsamo de Fierabrás (I, 10) y al encaje sutil del miembro amputado (precedente fabuloso de los reimplantes) antes de que la sangre se hiele. Al sistema endocrino pertenecen todos los procesos hormonales que rigen la actividad de los personajes. Silencia intencionalmente Cervantes el proceso de inhibición y frustración sexual de don Quijote, quizá por impropio y tabú, pero se convierte en argumento sólido a la hora de valorar la construcción del «desequilibrado hidalgo». Sin embargo, destaca la parodia sexual de Rocinante, dominado por el «deseo de refocilarse con las señoras facas», cuyo olfato no puede resistir. El exceso de testosterona, que podríamos extender al burlador don Fernando, es curado por los estacazos de los yangüeses, cargados de adrenalina en sus deseos de venganza. Este aspecto fue desarrollado en sus ensayos por G. Maraño al establecer la caracterología de los personajes a través de la relación entre la endocrinología y la psicología. Al margen de las curas maravillosas y milagreras, entran aquí los profesionales de la época, físicos, cirujanos latinos y romancistas, expertos médicos militares (como Dionisio Daza Chacón [Valladolid, 1503-1596], a quien se atribuye la cura de Cervantes en Lepanto), médicos de cámara, barberos, sanadores, algebristas, fisónomos, curanderos o simples cabreros conocedores de los principios activos de hierbas y plantas, como el romero, el laurel, el ruibarbo, la achicoria y tantas otras citadas tras la lectura de Dioscórides⁷. Los remedios naturales de la farmacopea, que gozan de gran tradición literaria, rompen su hermetismo y se abren a las páginas del *Quijote*. Lo mismo ocurre con la alimentación, omnipresente en las continuas referencias a la comida, desde las páginas iniciales, donde se define al hidalgo por lo que come (olla, salpicón, duelos y quebrantos, «lantejas») y algún

6. Véase F. Rodríguez Marín [2003, pp. 47-48] para el muerto que sangra en presencia de su matador y las enfermedades de riñones curadas con un tahalí de lobos marinos.

7. I, 18: «Con todo eso —respondió don Quijote— tomara yo ahora más aína un cuartal de pan o una hogaza y dos cabezas de sardinas arenques, que cuantas yerbas describe Dioscórides, aunque fuera el ilustrado por el doctor Laguna». Remito a Andrés Laguna [1968].

palomino), hasta la comida pantagruélica de las bodas de Camacho. Por ello, entre los consejos de don Quijote a Sancho gobernador (II, 53), que forman parte de la literatura sapiencial, de sentencias o de avisos, destaca la ingesta de alimentos, resumida en: «Come poco y cena más poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago», que Pedro Recio extremará en su interpretación burlesca de la dieta al servicio del gobierno de la República. La ronda de Sancho, digestivo paseo nocturno, cierra la práctica saludable del conjunto de normas que constituyen el «gobierno de la persona», pero no el de las materias médicas. En el entorno de conmemoración del IV Centenario de la edición del *Quijote* de 1605, destacan otras visiones, como la dedicada a la sanidad femenina desde las vertientes ginecológica y dermatológica [Rodríguez-Cerdeira, 2005]: menstruación, embarazo, parto, puerperio, menopausia y trastornos adyacentes aparecen junto a lunares o *nevus*, lepra, viruela, verrugas, tiña, calentura, malaria y otras afecciones que quedan reflejadas no sólo en la piel. Es también apreciable la obra de conjunto sobre el entorno científico del *Quijote* [Sánchez Ron, 2005]. Todo este compendio de saberes médicos llevó al psiquiatra y ensayista médico F. Martí Ibáñez a historiar en páginas tan jugosas como poco conocidas la medicina española en tiempos de don Quijote [Martí Ibáñez, 1960a, pp. 84-133].

Precisamente la obra poco frecuentada de Martí Ibáñez sirve para ilustrar el campo del ensayismo médico-literario. Fueron en España los trabajos de Santiago Ramón y Cajal (1852-1934) y, sobre todo, los de Gregorio Marañón (1887-1960) los primeros en conciliar en senda común la ciencia y la literatura. A Ramón y Cajal se le debe, entre otras aportaciones, un discurso sobre la *Psicología del Quijote y el quijotismo*, pronunciado con motivo del III Centenario cervantino, y a Marañón conocidos estudios, entre ellos los relativos al tipo de don Juan y al donjuanismo [Marañón, 1964, p. 70]. Martí Ibáñez provenía de una generación de médicos libertarios (Gaspar Sentiñón, los hermanos Alcrudo, García Viñas, Amparo Poch, Isaac Puente, Pedro Vallina) que habían concebido un modelo progresista de sanidad, con propuestas avanzadas en materia de sexualidad, eugenesia, contracepción, naturismo, trofología o salud laboral, y que combinaban la praxis médica con la escritura de creación. En 1935 aprovechó el Congreso Internacional de la Historia de la Medicina, que presidió Gregorio Marañón en Toledo, para ofrecer una ponencia sobre *El arte médico de La Celestina*, ensayo que reescribió en numerosas ocasiones y que llegó a gozar de amplia fortuna editorial⁸. Años después, ya en el exilio, concibió una novela histórica, *Una espada de Toledo*, que permanece inédita. Apunta la obra a la estancia del anatomista y fisiólogo belga Andrés Vesalio (1514-1564) en España, entre los años de 1543 a 1564, como médico de corte de Carlos I y Felipe II. De la fortuna de Vesalio en España se ocupó el anatomista Juan Valverde (1525-1588), cuya obra *Historia de la composi-*

8. F. Martí Ibáñez [1935, p. 133]. Como «El arte médico de *La Celestina*» aparece en F. Martí Ibáñez [1936, pp. 499-506]. Existe edición reciente a cargo de J. V. Martí y A. Rey [2004, pp. 91-96]. También puede encontrarse en F. Martí Ibáñez [1956, pp. 233-249].

ción del cuerpo humano (Salamanca, 1556), rinde homenaje al médico belga. *Surco, La flecha de cristal y El barco en la botella* son volúmenes de ensayos médico-literarios, en los que realiza dos aportaciones que conviene reseñar: la ya citada historia de la medicina española en tiempos de Cervantes y el análisis de la figura del médico escritor en la tradición europea y occidental (Rabelais, Keats, Oliver Goldsmith, Tobías Smollet, Arthur Conan Doyle, Somerset Maugham, Schiller, Albert Schweitzer, Dostoyevski, Chejov, S. Weir Mitchell, Oliver Wendell Holmes, William Carlos Williams, Frank Slaughter, Axel Munthe, Louis Ferdinand Celine o Carlo Levi), a la que se suman en España Ramón de Campoamor, Pío Baroja, Pedro Mata, Vital Aza, Palacio Valdés, Felipe Trigo, Manuel Pombo Angulo, Martín Santos, Jaime Salom y otros, como alguno de los médicos anarquistas arriba citados. A ellos y al mundo de la acracia en su conjunto pertenece una valoración del *Quijote* poco conocida, la del *Quijote* libertario, que supone una recreación de la obra cervantina desde los ámbitos de la libertad y de la Idea. En los primeros días de la sublevación franquista contra la República, Max Nettlau, el estudioso austriaco del anarquismo, se dirige a Federica Montseny con estas palabras: «Es más digno del hombre correr en un Rocinante hacia lejanías ignotas que ir en un Ford, por carreteras bien pavimentadas, derecho al infierno» [Rocker, 1950, p. 281]. Impregnados de ese espíritu, tres jóvenes anarquistas (Abel Paz, Federico Arcos y Germinal Gracia, más conocido como «Víctor García») crean en agosto de 1936 el grupo de los «Quijotes del Ideal», que acaba integrando a otros miembros, entre ellos el delineante Pedro Torralba y el dibujante Juan Mora. Fundaron *El Quijote* (11/IX/1937), que se presentó como «enamorado de Dulcinea, lo está de la Acracia» [Paz, 1991, p. 17]. El periódico alcanzó tres números, los mismos años de vida que le quedaban a la República. Desde aquí, y hasta que un carro de combate llamado Don Quijote y gobernado por republicanos españoles contribuya a liberar París de la ocupación alemana, había de transcurrir un largo y peligroso camino. Pero éste es otro capítulo distinto del que ahora nos ocupa.

BIBLIOGRAFÍA

- BAILÓN-BLANCAS, J. M., *Historia clínica del caballero don Quijote*, Madrid, Gráficas Cañizares, 1993.
- BARRIOBERO Y HERRÁN, E., *El 606*, Madrid, La Novela de Bolsillo, n.º 20, 1914.
- BATAILLON, M., *Erasmus y el erasmismo*, C. Pujol (trad.), Barcelona, Crítica, 1983.
- BIGEARD, M., *La folie et les fous littéraires en Espagne, 1500-1650*, París, Centre de Recherches Hispaniques-Institut d'Études Hispaniques, 1972.
- BRAVO VEGA, J., *Eduardo Barriobero y Herrán (1875-1939). Una nota sobre su vida y escritos*, Madrid, FAL, 2002.
- CARO BAROJA, J., *Historia de la fisiognómica. El rostro y el carácter*, Madrid, Istmo, 1988.
- CASTILLA DEL PINO, C. [2005], *Cordura y locura en Cervantes*, Barcelona, Península.
- CASTILLO LUCAS, A., «Refranes de aplicación médica», *Paremia*, 5, 1996, pp. 43-48.
- CHERUBINI, A., *Medici scrittori di Spagna*, Siena, Ciso Toscano, 2001.

- EGIDO MARTÍNEZ, A., *Cervantes y las puertas del sueño. Estudios sobre La Galatea, El Quijote y El Persiles*, Barcelona, PPU, 1994.
- ERASMO DE RÓTTTERDAM, *Elogio de la Necedad*, T. Fanego (ed.), Madrid, Akal, 2004.
- LAGUNA, A., *Pedazio Dioscórides Anazarbeo, I y II (1555)*, Madrid, Edición del Instituto del Libro de España, 1968.
- LÓPEZ ALONSO, A., *Molimientos, puñadas y caídas acaecidos en el Quijote*, Alcalá de Henares, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá, 1996.
- MARANÓN, G., *Don Juan. Ensayos sobre el origen de su leyenda*, 1.ª ed. de 1940, Madrid, Espasa Calpe, 1964.
- MARTÍ BOSCA, J. V. y REY GONZÁLEZ, A. (eds.), *Antología de textos de Félix Martí Ibáñez*, Valencia, Generalitat Valenciana, 2004.
- MARTÍ IBÁÑEZ, F., «El arte médica de *La Celestina*. Resumen», *El Siglo Médico. Revista Clínica de Madrid*, 96 (n.º 4259), 1935, p. 133.
- MARTÍ IBÁÑEZ, F., «El arte médico de *La Celestina*», *Revista de Información Terapéutica*, 18 (8), 1936, pp. 499-506.
- MARTÍ IBÁÑEZ, F. [1956], «The Medico-Pharmaceutical arts of *La Celestina*: a study of a Fifteenth-Century Spanish sorceress and dealer in love», en *International Record of Medicine and General practice clinics*, vol. CLIXIX. Reimp. *Centaur: Essays in the history of medical ideas*, New York, MD Publications, 1958, pp. 149-166.
- MARTÍ IBÁÑEZ, F. [1960a], *Surco. Ensayos sobre literatura, historia de la medicina, arte y psicología*, Madrid, Aguilar.
- MARTÍ IBÁÑEZ, F. [1960b], «La Medicina en la España de don Quijote», en *Surco. Ensayos sobre literatura, historia de la medicina, arte y psicología*, Madrid, Aguilar, pp. 84-133.
- MARTÍ IBÁÑEZ, F. [1970], *La flecha de cristal: ensayos sobre literatura, viajes, arte, amor y la historia de la medicina*, Madrid, Alfaguara.
- MARTÍ IBÁÑEZ, Félix [1972], *El barco en la botella y otros ensayos*, Madrid, Alfaguara.
- NABOKOV, V., *Curso sobre «El Quijote»*, Madrid, Byblos, 2004.
- ORTEGA Y GASSET, J. [1914], *Meditaciones del Quijote*, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes.
- PAZ, A. [1991], «Quijotes del Ideal», *CNT*, julio, 1991, p. 17.
- RILEY, E. C. [2001], *La rara invención. Estudios sobre Cervantes y su posteridad literaria*, Barcelona, Crítica.
- ROCKER, R. [1950], *El Herodoto del anarquismo*, México, Ediciones Estela.
- RODRÍGUEZ-CERDEIRA, M.ª del C. [2005], «El Quijote y la dermatología», en *Medicina Cutánea Ibero-Latino-Americana*, vol. 33(6), pp. 233-236.
- RODRÍGUEZ MARÍN, F. [2003], «Las supersticiones de *El Quijote*», en AA.VV., *Estudios cervantinos: cocina, música, supersticiones, vida social, refranes. Homenaje a la inmortal obra de Cervantes Don Quijote de la Mancha en el cuarto centenario de su publicación*, F. Calero (intr.), Madrid, Guillermo Blázquez editor.
- ROMERO, Á., *Visiones del Quijote*, Sevilla, Renacimiento, 2005.
- ROMERO TOBAR, L., «El Cervantes del siglo XIX», *Anthropos*, 98-99, 1989, pp. 116-119.
- SALILLAS, R. [1905a], *Un gran inspirador de Cervantes: el doctor Juan Huarte y su Examen de ingenios*, Madrid, Imp. de E. Arias.
- SALILLAS, Rafael [1905b]: «*El ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha y el Examen de ingenios para las ciencias del doctor Huarte de San Juan*», en *Sesión Solemne que el Colegio de médicos de la provincia de Madrid dedica al inmortal Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid, Imp. de J. A. García, 1905, pp. 19-35.
- SÁNCHEZ RON, José Manuel (dir.), *La ciencia y el Quijote*, Barcelona, Crítica, 2005.
- STERNE, L., *La vida y opiniones de Tristram Shandy*, J. M.ª López de Letona (trad.) y F. Ynduráin (prol.), Madrid, Ediciones del Centro, 1975.

- STERNE, L. [1976], *La vida y opiniones de Tristram Shandy*, A. M.^a Aznar Soler (trad.), Barcelona, Planeta.
- STERNE, L., *La vida y opiniones de Tristram Shandy*, J. Marias (trad.), Barcelona, Alfaguara, 1978.
- TORRENTE BALLESTER, G., *El Quijote como juego*, Madrid, Guadarrama, 1975.
- VILANOVA, A., *Erasmus y Cervantes*, Barcelona, Lumen, 1989.

Recibido: 12-2-2009

Aceptado: 8-6-2009

Resumen

Este trabajo propone una lectura médica del *Quijote*, atendiendo a las múltiples perspectivas que de la materia sanitaria se ofrecen en la obra. Recoge aspectos de la fortuna médica del *Quijote*, visión temprana que llevó a diversos profesionales de la sanidad a valorar la obra como *ars medica*. Apunta a la sensibilidad del autor para recoger la materia sanitaria de la época e incorporarla a la creación de personajes y situaciones. Incorpora, además, la figura del ensayista médico-literario, que abre la puerta al interés que los médicos anarquistas mostraron por el *Quijote* y, en definitiva, a una nueva visión de la obra, la del *Quijote* libertario.

Palabras clave: *Quijote*. Medicina. Ensayismo médico-literario. Médicos escritores. Médicos libertarios.

Title: A medical Redding of *Quijote*

Abstract

This work proposes a medical reading of the *Quixote*, attending to the multiple perspectives that as the sanitary matter offer in the work. It gathers aspects of the medical fortune of the *Quixote*, early vision that led diverse professionals of the health to valuing the work as *ars medicates*. It points at the sensibility of the author to gather the sanitary matter of the epoch and to incorporate it into the creation of prominent figures and situations. The figure of the essayist incorporates, in addition, *médicoliterario*, that opens the door for the interest that the anarchistic doctors showed for the *Quixote* and, definitively, to a new vision of the work, that of the libertarian *Quixote*.

Key words: *Quixote*. Medicine, medical and literary essays. Medical writers. Libertarian doctors.